

Derecho al medio ambiente y solidaridad

MANUEL PORRAS DEL CORRAL
Universidad de Córdoba

1. INTRODUCCIÓN

Hoy día nadie cuestiona la importancia que el medio ambiente tiene para la vida como escenario donde cada uno de los actores, entendidos en un sentido muy amplio -seres vivos humanos y no humanos, animales y vegetales- intervienen, representan distintos papeles y se realizan. El problema surge cuando se trata de dar respuesta al papel que cada uno de estos actores tiene que desempeñar y al valor que a cada uno de ellos se ha de asignar.

Todos los seres vivos, ontológicamente ¿poseen igual naturaleza?, axiológicamente ¿valen lo mismo?, moralmente ¿se rigen por el mismo código de conducta? ¿Existe una jerarquía ontológica? ¿Qué se entiende por dignidad? ¿Quiénes son titulares de deberes? ¿Quiénes sujetos de derechos? ¿Existe correlación entre derechos y deberes? ¿Qué significa libertad? ¿Qué implica obrar bajo criterios de responsabilidad? Filosóficamente ¿la relación del hombre y el medio ambiente cómo ha de entenderse? desde: ¿el hombre?, ¿la vida? o ¿el ecosistema? ¿Qué significa respeto? ¿Qué solidaridad? ¿Las generaciones presentes y futuras tienen derechos? Son todas ellas preguntas, que de una y otra forma son contestadas, lógicamente, no siempre de igual manera.

Por ello se hace necesario, antes de iniciar nuestra exposición, el ofrecer algunas claves, desde las que creemos puede facilitarse la intelección de cual sea nuestra toma de postura ante tal conjunto de interrogantes.

Si decimos que somos seres racionales, y por tanto libres y necesitados de los demás para convivir, estamos proyectando una determinada concepción antropológica, que entiende al hombre desde una consideración concreta y distinta a otras corrientes del pensamiento en torno a qué sea el hombre. Si decimos que el ser humano no es sólo existencia, sino que es también esencia, que como ser tiene una dignidad ontológica, que posee por razón de su propio ser con independencia de su conducta, estamos trasladando nuestro discurso al campo de la metafísica, aludiendo a esa característica moral, de superioridad, que el hombre tiene, y que no se ve disminuida por su forma de obrar, la cual dará lugar a otra dimensión de la dignidad que será la ética, en cuanto se hará acreedor por su comportamiento a un plus de dignidad o no. Que el hombre convive con los demás hombres, que es sociable por naturaleza y no en virtud de un contrato hipotético o real entre los mismos, nos permite avanzar un poco más. Que esa convivencia va más allá de la que tiene con otros hombres, pues ha de convivir con otros seres, animados e inanimados,

¹ Vid. Hans Jonas., *El principio de responsabilidad*. Título original: *Das Prinzip Verantwortung*. Versión castellana de Javier M^a Fernández Retenaga. Editorial Herder, S.A. Barcelona. 1995, p. 32.

² Ibidem., p. 49.

³ Delibes, Miguel., *La Naturaleza amenazada*. Ediciones Destino, S.A. Barcelona. 1996.

⁴ Laffargue, Charles Jules., *Naturaleza enojada. Un fin de siglo preocupante*. Traducción: Evaristo López de la Viesca. Editorial Castillejo, Sevilla. 1991.

⁵ En este sentido, por ejemplo, se pronunció en el discurso de apertura el Primer Ministro de Dinamarca y Presidente de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social. Comenzó su intervención refiriéndose a que «el astronauta estadounidense, James Lowell, no tenía dudas acerca de las cualidades del planeta Tierra cuando en 1968, mientras se encontraba a bordo de la astronave Apolo 8, describió a la Tierra como un gran oasis en la inmensidad del espacio». -Y continuó en su discurso- «Pero no hemos tratado a nuestro planeta en una forma que justifique esa descripción. Con frecuencia el hombre ha tratado a la naturaleza de forma imprudente y con falta de previsión. Gradualmente estamos comenzando a mejorar nuestro proceder». Véase Informe de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social (Copenhague, 6 a 12 de marzo de 1995). Documento en formato electrónico proporcionado por Naciones Unidas, ref: gopher://gopher.undp.org:70/00/unconfs/wssd/summit/off/a-9.sp, p. 108.

⁶ Vid. Mayor Zaragoza, Federico., *Los nudos gordianos*. Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores. 1^a edición. Barcelona. 1999, p. 29.

con las plantas, los animales, etc. Y aquí hemos de dar un paso, dicha convivencia ha de estar presidida por el respeto no sólo al ser humano, sino a cuanto representan las demás criaturas, y todo ello bajo el espíritu de solidaridad que ha de presidir nuestras relaciones, de manera que el desarrollo del hombre y de todo hombre sea posible, de cuantos conforman las generaciones presentes y formarán parte de las generaciones futuras, en ese clima de respeto hacia todos y todo que ha de iluminar nuestras vidas, de modo que el equilibrio, la armonía, se mantenga para hacer factible la vida. Todo ello hace que el hombre sea responsable, y que su actuación deba estar condicionada por su propia responsabilidad.

La relación del hombre con el medio, con la naturaleza, ha sido una constante en la ya larga andadura del ser humano, a través de la Historia, pero algo sustancial ha cambiado en esa relación, consecuencia del alto grado de desarrollo que la ciencia y la técnica ha propiciado, hecho que ha alterado el orden natural de las cosas, de modo que del temor ante lo desconocido que la naturaleza despertaba en el hombre, de la superioridad de aquella sobre este, -como se puso de manifiesto en la Conferencia de Río- ha pasado el hombre a constituirse en amenaza y grave para con el medioambiente. Siempre, ciertamente ha existido una influencia del hombre sobre el medio, y de este sobre aquel, ha influido y se ha visto influenciado, pero el giro copernicano viene dado por el alto poder que concentra en sus manos, capaz no solo de dominio, de explotación e incluso de destrucción, si no actúa con la prudencia y sabiduría que las circunstancias en este periclitar del siglo veinte aconsejan.

Pues como señala Hans Jonas la «tremenda vulnerabilidad de la naturaleza»¹, exige «ante las nuevas dimensiones de la acción humana (...) una ética de la previsión y la responsabilidad (...) una ética tan nueva como las circunstancias a las que se enfrenta»². Nada de extraño tiene que en este clima de preocupación por el medio ambiente, se

encuentren títulos tan llamativos, como el de Miguel Delibes: *La Naturaleza amenazada*³, o el de Charles Jules Laffargue: *Naturaleza enojada. Un fin de siglo preocupante*⁴, o que se haya denunciado la forma en que el hombre ha tratado a la naturaleza⁵.

En dicha línea Mayor Zaragoza considera que «a nadie se le escapa que en el pasado ha habido grandes sequías o largos períodos de enfriamiento. Pero es incuestionable que hoy, además de los volcanes, los terremotos y otros fenómenos naturales, tenemos que hacer frente a una amplia gama de riesgos para el entorno inducidos por la acción humana»⁶.

En todo caso, cuanto a continuación digamos no pretende otro objetivo que el de tratar de elucidar algunas de las cuestiones más arriba formuladas, a través de la reflexión, sirviéndonos para ello, de determinadas doctrinas y juicios que sobre las mismas se han vertido, así como el de ofrecer ciertos documentos que por su notable interés han sido capaces desde el punto de vista del Derecho y de los Derechos Humanos, de ir configurando el marco dentro del cual en los distintos planos o niveles, universal, regionales o nacionales, se ha intentado encauzar el desbordante poder que el hombre acumula sobre la naturaleza y que de no ser empleado sabiamente podría poner en peligro a la propia Humanidad.

2. EN TORNO AL CONCEPTO DE MEDIO AMBIENTE.

Si hablamos de medio ambiente, parece lógico, que comencemos por precisar a que nos vamos a referir cuando empleemos dicha voz, dado que se trata de un término discutido, acuñado recientemente, y difícilmente definible en sus más diversos aspectos.

Para ello podemos seguir diversas vías de aproximación, entre otras: terminológica, histórica y jurídica.

2.1. Vía Terminológica

Suele ser relativamente frecuente por un simple problema metodológico, iniciar el estudio del derecho al medio ambiente, planteando la cuestión terminológica. Así por ejemplo lo hacen entre otros Alexandre Kiss y Dinah Shelton⁷ o Martín Mateo⁸.

Si examinamos el Diccionario de la Real Academia, veremos como en la voz «medio», se incluye «medio ambiente», siendo éste definido como «conjunto de circunstancias físicas que rodean a los seres vivos». Si bien a continuación, en su acepción 2, amplía dicha noción e indica «por ext., conjunto de circunstancias físicas, culturales, económicas, sociales, etc., que rodean a las personas».

A los efectos que a nosotros interesan, nos quedamos en principio con la primera acepción.

2.2. Vía histórica

No ha aparecido dicho término hasta hace pocas décadas. Su presencia estaba de una forma implícita contenida en el ámbito del derecho de propiedad, y en consecuencia más bien vinculada a la protección de la propiedad. En los textos antiguos, tanto de carácter civil como penal, vistos desde el conocimiento que hoy día tenemos de cuanto hace referencia al entorno natural y artificial, dado y creado por el propio hombre, no ofrece duda dicha significación. Su esclarecimiento y precisión será producto, como iremos dejando constancia en este trabajo, de la preocupación que hace unas décadas el hombre ha comenzado a experimentar, al verificar la interdependencia entre él y el medio y viceversa, y la necesidad de buscar formulas que permitan garantizar una vida humana, en el pleno sentido del término, tanto a las generaciones presentes como futuras.

2.3 Vía jurídica

Tanto la jurisprudencia de los tribu-

nales como la doctrina científica, han dejado patente en estos últimos años su preocupación por tratar de formular una noción capaz de dar respuesta a la dificultad que en sí conlleva, dados los posibles factores que entran en juego, su vaguedad y la imprecisión que por sí mismo constituye el término medio ambiente.

Efectivamente, un esfuerzo en este sentido ha sido llevado a cabo por los Tribunales de Justicia. A título de ejemplo pueden ser citadas dos Sentencias emanadas, una del Tribunal Europeo de Derechos Humanos, con sede en Estrasburgo y otra del Tribunal Constitucional español.

La Sentencia de 9 de diciembre de 1994 pronunciada por el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, conocida popularmente por el caso López Ostra contra España, puede ser calificada de importante por la doctrina que en torno al derecho al medio ambiente sienta, «al reconocer el medio ambiente como derecho subjetivo sobre la base del CEDH»⁹, o sea del Convenio Europeo de Derechos Humanos.

Muy brevemente, siguiendo para ello la exposición de hechos de la referida Sentencia, pudiéramos resumir el citado caso así: La Sra. López Ostra y su familia que vivía en Lorca (Murcia), sufrieron graves trastornos para su salud a consecuencia de las emanaciones de gas, olores pestilentes y contaminación provocados por una estación depuradora de aguas y residuos construida por algunas fábricas de curtidos en las cercanías a su vivienda. Por lo cual acudieron a los Tribunales españoles primero y después al Tribunal Europeo de Derechos Humanos, en demanda de justicia, que finalmente encontró.

Por parte española, la reciente Sentencia del Tribunal Constitucional, concretamente la de 26 de junio de 1995¹⁰, hace una serie de consideraciones que por su interés traemos a colación. Reconoce que «discernir con la exactitud y el rigor que exigen las categorías jurí-

⁷ *Traité de droit européen de l'environnement*. Éditions Frison-Roche. Paris. 1995, pp. 3-5. Advertimos, desde ahora, que la traducción al castellano de los textos en otros idiomas que se citen en este trabajo es nuestra, salvo indicación en contrario.

⁸ *Manual de Derecho Ambiental*. Editorial Trivium, S.A. Madrid. 1995, p. 21.

⁹ Así se expresan Luis Jimena Quesada y Beatriz Tomás Mallén, en «El derecho al medio ambiente en el marco del Convenio Europeo de Derechos Humanos», *Revista General de Derecho*. Año LII. Núm. 618. Marzo 1996, p. 2159. En el citado artículo se lleva a cabo por parte de los citados autores, una «consideración especial del caso López Ostra contra España, de 9 de diciembre de 1994», al propio tiempo que se incluye el «texto íntegro de la Sentencia López Ostra», en traducción de la versión original francesa efectuada por Luis Jimena Quesada.

¹⁰ Refª 102, en *Repertorio Aranzadi del Tribunal Constitucional*. 1995. II mayo-septiembre. Editorial Aranzadi, S.A. Pamplona. 1995. En dicha Sentencia se recuerda que «la expresión medio ambiente aparece por primera vez en el Reglamento (independiente) de actividades molestas, insalubres, nocivas y peligrosas (Decreto 2414/1961, de 30 de noviembre)».

¹¹ Queralt Jiménez, Joan J. (1996), *Derecho Penal Español. Parte especial*. Tercera edición conforme al Código Penal de 1995. Delitos contra los intereses individuales y colectivos. José María Bosch Editor, S.L. Barcelona, p. 715.

¹² *Traité de droit européen de l'environnement*, ob. cit., pp. 8 y 9.

dicas» «qué sea el medio ambiente» «resulta difícil», apunta que «ha de calificarse como concepto jurídico indeterminado, con un talante pluridimensional y, por tanto, interdisciplinar». Y prosigue «El medio no determina a los seres humanos, pero los condiciona. Se afirma por ello, que el hombre no tiene medio sino mundo, a diferencia del animal. No obstante, en la Constitución y en otros textos el medio, el ambiente o el medio ambiente («environment», «environnement» «Umwelt») es, en pocas palabras, el entorno vital del hombre en un régimen de armonía, que aún lo útil y lo grato. -Y a renglón seguido expone- En una descomposición factorial analítica comprende una serie de elementos o agentes geológicos, climáticos, químicos, biológicos y sociales que rodean a los seres vivos y actúan sobre ellos para bien o para mal, condicionando su existencia, su identidad, su desarrollo y más de una vez su extinción, desaparición o consunción. -Y continúa- El ambiente, por otra parte, es un concepto antropocéntrico y relativo. No hay ni puede haber una idea abstracta, intemporal y utópica del medio, fuera del tiempo y del espacio. Es siempre una concepción concreta, perteneciente al hoy y operante aquí». Estas manifestaciones, creemos pueden ser además de motivo de reflexión, punto de arranque para ir avanzando en la delimitación del propio concepto.

También desde la doctrina científica jurídica, se viene aportando un conjunto de puntos de vista con la mirada puesta en delinear con precisión qué sea el medio ambiente del que se ocupa el Derecho.

Entre otros autores, podemos citar, a Martín Mateo, quien entiende que el ambiente objeto de la preocupación del Derecho se refiere «al medio circundante de la vida, a las características esenciales de la biosfera o esfera de la tierra donde habitan los seres vivos», y poco más tarde aclara «la biosfera, está integrada por la atmósfera, el aire; la hidrosfera, el agua y la litosfera, el suelo»; y a Queralt Jiménez, quien define

el medio ambiente como el «conjunto de medios naturales que en su cantidad y combinación configuran el hábitat actual para el hombre, para la fauna y la flora, y cuya alteración por medios nocivos para la naturaleza y desarrollo biológico propio de dichos seres y objetos es contraria al equilibrio natural de la vida humana, animal y vegetal en la tierra»¹¹. Como puede colegirse, ambas nociones hacen mención en el fondo al significado primario como «conjunto de circunstancias físicas que rodean a los seres humanos» que atribuye nuestro Diccionario de la Real Academia, al término medio ambiente.

3. DISTINCIÓN ENTRE DERECHO AMBIENTAL O MEDIO AMBIENTAL Y DERECHO AL MEDIO AMBIENTE.

El Derecho Ambiental o Medio Ambiental hace referencia al Derecho entendido en sentido objetivo, es decir, como norma o conjunto de normas que se ocupan de regular la conducta del hombre con vistas a salvaguardar el medio ambiente. El segundo el derecho al medio ambiente se refiere al derecho en sentido subjetivo, como facultad o pretensión, y suele acuñarse como veremos más adelante, bajo la denominación de derecho humano o derecho fundamental.

Un breve recorrido por la doctrina más reciente nos permitirá ir delimitando a qué se hace referencia, cuando se habla de Derecho Ambiental o del Medio Ambiente.

Es oportuno, entendemos en este apartado citar a Kiss y Shelton¹², por cuanto nos facilitan algunos puntos esenciales para su configuración al mencionar las principales características del derecho del medio ambiente. Tres son a su juicio: 1) «interdisciplinariedad», pues las disciplinas jurídicas deben tener en cuenta los conocimientos científicos, dado entienden que «las reglas invariables de la naturaleza descritas por

la biología, la química y la física, son fundamentales para el derecho del medio ambiente». 2) «Dinamismo» que responde a la evolución constante del medio ambiente que exige de las leyes y las políticas flexibilidad para adaptarse a las modificaciones rápidas del mismo. 3) «Irreversibilidad» de la mayor parte de los daños ecológicos, por lo que el legislador debe atender con carácter prioritario a la prevención más que a los remedios jurídicos tradicionales en caso de violación del derecho.

En cualquier caso, hay quien como Jordano Fraga¹³ cuando trata de definir el Derecho Ambiental, parte de dos perspectivas, una que denomina teleológica o funcional del Derecho: «el Derecho referido al medio ambiente»; otra la estructuralista y jurídico-constitucional: «el Derecho garantizador del derecho a un medio ambiente adecuado para el desarrollo de la persona, constitucionalmente consagrado en el artículo 45 de la Constitución Española». De modo señala que se suele convencionalmente denominar «Derecho Ambiental» al «conjunto de normas dispersas que directa o indirectamente encuentran un punto de unión en su objetivo de pretender la defensa, restauración y promoción del medio ambiente». Dada la amplitud del propio concepto, trata a continuación de establecer un conjunto de características y de principios¹⁴, para así intentar en la medida de lo posible ofrecer una visión más comprensiva de su noción.

Loperena Rota¹⁵, considera como principios generales de Derecho ambiental: Igualdad. Sostenibilidad. El que contamina, paga. Publicidad. Accionabilidad y legitimación procesal. Restaurabilidad. Extraterritorialidad.

Según Vizcaino Sánchez-Rodrigo¹⁶, se conoce por «Derecho Ambiental», «una serie de disposiciones de carácter normativo, dictadas con objeto de conferir al medio ambiente un grado de protección jurídica».

Por su parte, Jacquenod¹⁷ distingue el *Derecho Ambiental*, como ciencia del

Derecho, que es aquella «disciplina jurídica que investiga, estudia y analiza las diferentes relaciones entre los bienes naturales y la actividad antrópica, orientando la regulación jurídica de las conductas y actitudes humanas respecto al uso, explotación y aprovechamiento de recursos naturales, conservación de la Naturaleza y protección del ambiente»; y la *Legislación ambiental* «como el conjunto de disposiciones jurídicas que regulan la conducta humana en relación al ambiente».

Todas estas concepciones están presididas generalmente por el mismo denominador común de servir de cauce normativo a los comportamientos humanos con vista a preservar el medio ambiente.

4. DERECHO AL MEDIO AMBIENTE

Uno de los últimos derechos en aparecer en la ya larga historia de los derechos humanos ha sido el denominado derecho al medio ambiente, y que según Silvana Castignone «es uno de los nuevos derechos mayormente sentidos»¹⁸. Ciertamente hoy día viene ocupando la atención desde los más diversos sectores y disciplinas.

¿No constituye el medio ambiente el hábitat natural donde no solo ha de realizarse el ser humano sino también todos los otros seres vivos, animales y vegetales, de la creación? ¿Por qué siendo tan antiguo el medio ambiente como la propia existencia del hombre, hasta hace unas décadas no se ha incorporado el derecho al medio ambiente al catálogo de los derechos humanos? ¿No es un deber primario del hombre velar por su vida y por todo aquello que le es necesario para su supervivencia? ¿No ha de preocuparse el hombre de hoy además de por su vida, por la de las generaciones presentes y por la de las generaciones futuras? ¿No ha de ser respetuoso con cuanto integra el medio? ¿No ha de ser la solidaridad el valor que presida su conducta?

¹³ Vid. Jordano Fraga, Jesús: *La protección del derecho a un medio ambiente adecuado*, J.M. Bosch Editor, S.A. Barcelona. 1995, p. 122.

¹⁴ Concretamente señala las siguientes: *carácter horizontal* (penetra en diversas ramas del ordenamiento jurídico), *dispersión normativa*, y *predominio de intereses colectivos*. fijando como principios del *Derecho Ambiental*, *generales de Derecho público*: los principios de participación, cooperación y solidaridad; y *específicos positivados* (en nuestro ordenamiento) la preservación, restauración y mejora del medio ambiente; acción preventiva y corrección en la fuente; el principio «quien contamina paga» y el principio de unidad de gestión. *Ibidem.*, pp. 128-131.

¹⁵ Vid. Loperena Rota, Demetrio., *Los principios del Derecho Ambiental*. Editorial Civitas, S.A. Madrid. 1998, pp. 59-76.

¹⁶ *Introducción al Derecho del Medio Ambiente*. CTO Medicina. Madrid. 1996, p. 18.

¹⁷ *Iniciación al Derecho Ambiental*. Dykinson, S.L. Madrid. 1996, pp. 57-58.

¹⁸ *Nuovi diritti e nuovi soggetti. Apunti di Bioetica e Biodiritto*. Edizioni Culturali Internazionali Genova. Genova. 1996, p. 43.

¹⁹ «Presente y porvenir de los Derechos Humanos». *Anuario de Derechos Humanos*, I, 1981, p. 9.

²⁰ *Suma Teológica*, I-2, q.94, a.2. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid. MCMLVI.

²¹ Vasak, Karel (1974) «Le droit international des droits de l'homme», *Académie de Droit International. Recueil des Cours*. IV. T. 140, pp. 333-415.

Preguntas todas ellas que cualquiera puede plantearse cuando trate de ofrecer una explicación racional a la presencia hoy día del llamado derecho al medio ambiente.

Unas observaciones previas serán necesarias para ir avanzando en nuestro propósito.

Hemos de partir de unos presupuestos, de unos *a priori*, sin los cuales difícilmente pudiéramos construir el armazón lógico sobre el que edificar la noción y el contenido del derecho al medio ambiente.

Entre ellos hemos de señalar: la dignidad humana, la correlación entre deberes y derechos, y los principios de respeto y de solidaridad.

Por otro lado, tratándose de un planteamiento filosófico debemos abordar, aunque sea de manera muy somera, la cuestión en torno a si se asienta en exigencias de la naturaleza o si es fruto de la voluntad del legislador. Sabido es como en nuestros días continúa la polémica iusnaturalismo-iuspositivismo, como corrientes de pensamiento que polarizan dos de las teorías que más influencia han ejercido a lo largo del devenir histórico, y que se proyectan en múltiples formas. Baste, ahora, con recordar que mientras la primera admite junto a la existencia de unos derechos metaempíricos la necesidad de ser incorporados estos al ordenamiento jurídico para poder ser ejercidos y protegidos, la segunda afirma no existen más derechos que los que emanan de la voluntad de los hombres, los encarnados en la norma positiva.

En todo caso pienso que un derecho existe al menos en potencia, en cuanto instancia moral, en cuanto pretensión de ser reconocido y garantizado, lo cual no obstaculiza que su plenitud la alcance cuando se actualice, es decir, cuando se incorpore al ordenamiento jurídico y existan cauces para su debida protección. Todo esto se reviste de múltiples formas a la hora de querer precisar la

noción. Se habla de derechos naturales, innatos, humanos, del hombre, inalienables, inviolables, originarios, fundamentales, morales, etc., tratando con una y otra denominación de evidenciar el rasgo prototípico de los mismos.

Con ser importante ciertamente la fundamentación de un derecho, no puede perderse de vista la posibilidad de su realización y los instrumentos o mecanismos de protección necesarios para ello. Es más, hay incluso autores como Bobbio¹⁹ que consideran que desde el consenso universal que representó la Declaración de los Derechos Humanos de 10 de diciembre de 1948, los derechos humanos están ya fundamentados y lo que necesitan ahora es ser protegidos.

Ciertamente el derecho a un medio ambiente por parte del ser humano es algo tan esencial para su vida como el alimento, cosa distinta es que no haya sido necesaria su reivindicación prácticamente hasta nuestros días. Y es que mientras del mismo gozaba no se preocupaba de él, ha sido demandado cuando se ha visto en peligro el poder seguir disfrutando del medio ambiente como consecuencia de la actividad depredadora, expoliadora o destructora del hombre. ¿Quién negaría que el hombre necesita para su vida del aire, del agua, del suelo, de la fauna o de la flora?

Pues bien, este hecho ha provocado lógicamente una toma de conciencia por parte del hombre de conservar y mejorar el medio ambiente con el fin de poder realizarse humanamente y de que puedan hacerlo del mismo modo las generaciones presentes y venideras.

Asimismo, dentro de las distintas clasificaciones que de los derechos humanos se han efectuado, y tomando como modelos la tradicional de quienes los consideran como derechos naturales y la histórica de quienes los ven en función de su aparición en el tiempo, el derecho al medio ambiente, pudiera quedar incluido en ambas.

La tradicional está representada por

Tomás de Aquino²⁰ cuando afirma que «el orden de los preceptos de la ley natural es paralelo al de las inclinaciones naturales», y explica a continuación como a una inclinación natural corresponde un derecho, así a la inclinación común con todos los seres a la conservación de su ser conforme a su propia naturaleza, corresponde al hombre el derecho a conservar la vida; a la inclinación común con los animales, tales como a la comunicación sexual, a la educación de la prole, etc., corresponde al hombre el derecho a la comunicación sexual, a la educación de la prole, etc.; y finalmente a la inclinación correspondiente a su naturaleza racional, «inclinación que es específicamente suya», a conocer la verdad y a vivir en sociedad, el derecho a conocer la verdad y a vivir en sociedad. Derechos todos ellos que por ser tan esenciales para el hombre, se muestran como deberes. Lógicamente el derecho al medio ambiente quedaría incluido en la inclinación común a la conservación de la vida y se manifestaría a su vez como deber de conservar la vida.

La histórica o generacional es la formulada entre otros por Karel Vasak²¹ quien establece, en función del momento histórico en que aparecen los distintos derechos, la siguiente tipología: derechos civiles y políticos; derechos económicos, sociales y culturales; y «derechos de solidaridad». En similar línea, Pérez Luño²², señala que los derechos humanos entendidos como «categorías históricas» pueden catalogarse en derechos de la primera generación, integrados por los derechos civiles y políticos, derechos de la segunda generación integrados por los derechos económicos, sociales y culturales, y de la tercera generación integrados por los denominados derechos de solidaridad. De tal modo, que en esta tipología entiende como «valores guía» de cada una de dichas generaciones de derechos, la libertad, la igualdad y la solidaridad respectivamente. Por su parte, Jean Rivero²³ empleando la clasificación «generacional», insiste en que unos «confieren al hombre el poder de elegir», otros

«el poder exigir» y los terceros se convierten en derechos-obligaciones», no sin recordar que existe el riesgo de que se llamen «derechos del hombre a esperanzas y deseos». En dicha tipología generacional, quedaría incluido el derecho al medio ambiente dentro de los derechos de solidaridad.

Pero «¿Qué es un derecho?» -se pregunta Jean Rivero y contesta- Cuatro elementos concurren en esta definición. Un derecho supone, en primer lugar, un titular determinado, a quien corresponde hacerlo valer. Por otra parte, implica un objeto definido, suficientemente precisado y proveniente del orden de lo posible, según el viejo adagio romano: «impossibili nulla obligatio». Todo derecho, además, es, por definición, oponible a personas determinadas a las que impone una obligación positiva o negativa, una prestación o una abstención. Finalmente todo derecho supone la existencia o, como mínimo, la virtualidad de una sanción organizada, permitiendo su puesta en acción²⁴. Ciertamente, si repasamos mentalmente si concurren o no los elementos que para configurar un derecho expone Rivero, la respuesta sería que no nos hallamos ante un verdadero derecho del hombre, por tanto sólo pudiera encontrarse el fundamento teórico al derecho al medio ambiente, en «la afirmación de la dignidad humana»²⁵.

No olvidemos que el derecho al medio ambiente ha de ser considerado como «categoría ética»²⁶, pues lo que está en juego no es nada menos que el hacer posible la realización de derechos tan esenciales como es el derecho a la propia dignidad humana y a la vida, en su doble proyección física y moral.

Es curioso en este punto observar como Peces-Barba, en lugar de hablar del derecho al medio ambiente, se pronuncia a favor de «los derechos relativos al medio ambiente», derechos que a su juicio «expresan una solidaridad no sólo entre los contemporáneos sino también en relación con las generaciones futuras, para evitar legarles un mundo

²² Pérez Luño, Antonio-Enrique (1995) «Tercera generación de derechos humanos», en *Los derechos humanos. Una reflexión interdisciplinar*. Theotónio, Vicente y Prieto, Fernando (Dir.). Publicaciones ETEA. Córdoba, pp. 105-120. En similar sentido se pronuncia Adela Cortina, si bien señala tres características a los derechos de la tercera generación: «1) Se trata de derechos cuya satisfacción es condición de posibilidad de la satisfacción de los derechos de las anteriores generaciones, porque sin paz, sin un medio ambiente sano y unas condiciones de desarrollo, peligran la vida, la salud, la cultura y las demás exigencias a las que nos hemos referido. 2) Se trata de derechos que afectan a los individuos, pero a través de la protección de colectivos, cuya paz, medio ambiente y condiciones de desarrollo pueden ponerse en peligro. 3) Estos derechos exigen con toda claridad la cooperación entre los Estados nacionales y entre las distintas Organizaciones Civiles, porque sin ella resulta absolutamente imposible protegerlos». Vid. Cortina, Adela, «Derechos Humanos y discurso político», en *Derechos Humanos: La condición humana en la sociedad tecnológica*. Graciano González R. Arnaiz (Coordinador). Editorial Tecnos, S.A. Madrid, 1999, pp. 54-55.

²³ Rivero, Jean (1985) «Sobre la evolución contemporánea de la teoría de los derechos del hombre». *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, nº 25, pp. 189-202.

²⁴ *Ibidem.*, p. 192.

²⁵ *Ibidem.*, p. 196.

²⁶ Cuestión a mi modo de ver íntimamente relacionada con la fundamentación de los derechos del hombre. A este respecto es de singular interés el estudio que Eusebio Fernández hace, al analizar tres clases de fundamentación: la iusnaturalista, la historicista y la ética. Fernández, Eusebio (1984) *Teoría de la justicia y derechos humanos*. Madrid. Editorial Debate, pp. 77-126.

²⁷ Peces Barba, Gregorio, *Curso de derechos fundamentales. Teoría general*. Universidad Carlos III de Madrid. Boletín Oficial del Estado. Madrid. 1995. p. 184.

²⁸ Porras del Corral, Mantel (1996) *Biocología, Derecho y Derechos Humanos*. CajaSur Publicaciones. Córdoba. 1996. p. 13.

²⁹ Pérez Luño, Antonio Enrique (1993) «El concepto de los derechos humanos y su problemática actual», en *Derecho y Libertades*, Revista del Instituto Bartolomé de las Casas, febrero-octubre, número 1, pp. 180-181.

³⁰ Jiménez-Blanco Carrillo de Albornoz, Antonio (1990) «El sistema de protección de los derechos humanos en el ámbito europeo», *Actualidad y Derecho*, abril, pp. 218-219. En similar sentido se pronuncia Oestreich, cuando manifiesta que «los derechos humanos, en general, son derechos innatos, inalienables, que pertenecen a todo ser humano en cuanto tal, independientemente de su reconocimiento por el Estado», mientras que «bajo el concepto específico de «Derechos fundamentales» se entiende, en cambio, aquellos reconocidos por el Derecho público que forman parte, casi siempre, de un apartado de las Constituciones». Oestreich, Gerhard (1990) «La idea de los derechos humanos a través de la Historia», en *Pasado y presente de los derechos humanos*. Madrid. Edición a cargo de Emilio Mikunda. Editorial Tecnos, S.A., p. 25.

³¹ Robles, Gregorio: *Sociología del Derecho*. Editorial Civitas, S.A. Madrid. 1993. p. 108.

deteriorado a causa, tanto de la explosión demográfica como de la explotación immoderada de los recursos naturales, que produce la destrucción de los elementos que mantienen el equilibrio de la naturaleza»²⁷.

Téngase presente, que para nosotros «los derechos humanos constituyen, la más cabal expresión de las exigencias mínimas que el ser humano demanda para su posible realización personal; la respuesta actualizada desde el respeto que todo ser humano merece al desafío que los continuos cambios y formas de vida suscitan a lo largo del devenir histórico; la garantía que se verá reconocido y protegido como ser humano en todo su iter vital; la conciencia compartida de la pertenencia al ser humano de un haz de atribuciones que le son inherentes por su propia condición; el substrato ético legitimador del Estado de Derecho y en consecuencia los límites de la actuación de éste respecto al ser humano»²⁸.

El derecho al medio ambiente, es por tanto un derecho humano, por cuanto es exigencia de la propia naturaleza humana tener que vivir y realizarse de un modo armónico e integral con sus semejantes los hombres, de las generaciones presente y futuras, y con los demás seres vivos, animales y vegetales, que habitan la biosfera, dentro de un clima de respeto y solidaridad que facilite la vida.

Por otro lado, queremos puntualizar que cuando hablamos de derechos humanos como iacimmente se puede corregir no los identificamos con los derechos fundamentales (que son aquellos recogidos en la Constitución). Es decir, que un derecho humano se materializa como derecho fundamental cuando se encarna en el ordenamiento jurídico. En este sentido, nos alineamos con Pérez Luño, cuando afirma que la definición de los derechos que sostiene «responde a tres ideas-guía: 1ª, el *iusnaturalismo* en su fundamento; 2ª, *historicismo* en su forma, y 3ª, *axiologismo* en su contenido», de modo que a su juicio «los

derechos humanos poseen una irrenunciable dimensión prescriptiva o deontológica, implican exigencias éticas del «deber ser», por lo que cuando en los ordenamientos jurídicos se produce su recepción «nos encontramos -dice- con los *derechos fundamentales*, aquellos derechos humanos garantizados por el ordenamiento jurídico positivo», de ahí asevere, que son «derechos humanos «positivados», cuya denominación evoca su papel fundamentador del sistema jurídico político de los Estados de Derecho»²⁹; y con Jiménez-Blanco: cuando manifiesta que «derechos fundamentales» es un concepto vinculado a la idea de Constitución y «derechos humanos» alude a un *mínimum vital* según la dignidad humana»³⁰.

Sin embargo, hay quien opina que «La expresión «derechos humanos» tiene, sobre todo, una connotación emotiva e ideológica, mientras que la de «derechos fundamentales» es una expresión con un preciso significado jurídico: derechos subjetivos reconocidos como tales por el ordenamiento jurídico vigente»³¹. Es este un terreno, como ya anticipamos en otro lugar, donde los puntos de vista varían en función de los propios planteamientos.

5. POSITIVACIÓN HISTÓRICA DEL DERECHO AL MEDIO AMBIENTE.

5.1 Consideraciones generales

El reconocimiento del derecho humano al medio ambiente de un modo formal, es decir, incorporado a declaraciones o textos universales, regionales, o nacionales -reflejados en sus constituciones, leyes, etc., ha sido reciente, como consecuencia de que venía disfrutándose de hecho sin que se tuviera conciencia de que estaba en peligro. Ha sido esta toma de conciencia sobre el peligro que para la propia supervivencia del hombre y de la humanidad significaba su deterioro o incluso pérdida, la que ha despertado la urgencia de proclamar dicho derecho, dotarlo de un con-

tenido -en atención a los bienes o valores que en él se encierran- abrir un marco de protección y establecer sanciones administrativas e incluso penales para quienes conculquen gravemente el medio ambiente. Con una dimensión añadida la globalización.

No quiere decirse que no existan precedentes, de una u otra forma, presentes en las distintas civilizaciones y culturas. Ni que al margen del derecho no hayan existido otros ordenes normativos -la moral, la religión, la política, la economía, etc.- que no se ocuparen de dictar reglas de conducta a seguir por los hombres en dicho campo.

Suelen mencionarse³² como precedentes más remotos, la cultura mesopotámica y más en concreto en su expresión máxima la de Caldea con el famoso Código de Hammurabi; la cultura judeo-cristiana con referencias a algunos textos veterotestamentarios, o la cultura romana plasmada en el Derecho de Roma -cuna del Derecho- con la Ley de las XII Tablas.

Asimismo, desde las normas religiosas, hay quien recuerda que «para las religiones primitivas, el hombre se encuentra inmerso en la naturaleza, a la que considera marcada por lo numinoso y lo divino»³³ y quien igualmente rememora³⁴ como «para el hombre primitivo la idea de lo divino se relacionaba imprecisamente con lo desconocido de su entorno vivo o inerte, el fuego, el rayo, la lluvia. -Y como- Los totens, los bosques sagrados, los árboles reverenciados como el roble europeo, reflejan el deseo de invocar protección frente a la dinámica de los fenómenos naturales regidos por leyes entonces aterradoras e ignotas», si bien manifiesta que son «las grandes religiones orientales las que mejor reflejan» las «interacciones de la divinidad, el hombre y el resto de la naturaleza», señalando seguidamente a título de ejemplo, el hinduismo, el budismo y la filosofía taoísta.

Bástenos esta simple remota mención histórica y dejemos al margen toda

la evolución que a lo largo del devenir histórico de tantos siglos hasta nuestros días ha sufrido el derecho al medio ambiente, para centrarnos en los momentos en que verdaderamente ha adquirido carta de naturaleza.

Lo que si quisiéramos subrayar es la reciente toma de conciencia y el impulso jurídico que de modo constante en las últimas décadas viene produciéndose, en torno al tan repetido derecho.

5.2. El derecho al medio ambiente en las últimas décadas

Nuestra exposición en este apartado la vamos a dividir en tres epígrafes, expresión a su vez de la presencia del derecho al medio ambiente, en tres niveles: universal, regional -europeo, interamericano y africano- y estatal -estados pertenecientes a la Unión Europea con una especial referencia a España; y Estados pertenecientes a los Países del Este, con mención expresa a la Federación Rusa y a la Comunidad de Estados Independientes-.

5.2.1 A nivel universal

Realmente cuando se comienza a tomar en serio la cuestión ecológica a nivel universal es a partir de 1972 ante la amenaza que para la humanidad puede significar si no se cambia la actitud ante el mundo, si bien en los años veinte del presente siglo hay cierto movimiento en torno al problema medio ambiental que se va manteniendo llegándose a los famosos informes del Club de Roma. Téngase en cuenta que el primero de ellos tuvo lugar en el año 1966 y en él ya anidaba dicha preocupación por la cuestión ecológica. Lo que se va a intentar en general es el dar respuesta a los innumerables problemas que los nuevos modos de vida, los avances científicos y tecnológicos van presentando.

Fruto de esa postura son la serie de reuniones internacionales que se van a celebrar, los organismos internacionales que se crean, la cabida que encuentran

³² Una más amplia información, puede obtenerse, en Bellver Capella, Vicente: *Ecología: de las razones a los derechos*. Editorial Comares. Granada. 1994; Jordano Fraga, Jesús: *La protección del derecho a un medio ambiente adecuado*. Ob. cit. principalmente pp. 15 a 54 ambas inclusive; y Jaquenod de Zsögon, Sylvia: *Introducción al Derecho Ambiental*. Dykinson, S.L. Madrid. 1996.

³³ Gafó, Javier., *10 palabras claves en Bioética*. Editorial Verbo Divino. Estella (Navarra). 1993, p. 347.

³⁴ Martín Mateo, Ramón: «Los derechos de la tierra como derechos de la especie humana. Precedentes», en *Derecho y Libertades*. Revista del Instituto Bartolomé de las Casas. Febrero-Octubre 1993, número 1, p. 282.

³⁵ Vid. Bellver Capella, Vicente: *Ecología: de las razones a los derechos*, ob. cit., p. 191.

³⁶ *Report of the United Nations Conference on the Human Environment*. Stockholm, 5-16 June 1972. United Nations. A/Conf.48/14/Rev.1.

³⁷ Vid. Mariño Menéndez, Fernando., «La protección internacional del medio ambiente (I): Régimen general», en *Instituciones de Derecho Internacional Público*. Manuel Díez de Velasco Vallejo. Undécima edición. Editorial Tecnos, S.A. Madrid. 1997, p. 612.

³⁸ Hemos de advertir, que como ha escrito últimamente David P. Forsythe, «el desarrollo ha sido siempre un concepto discutido (...) Con total claridad en los comienzos de la historia de Naciones Unidas, el desarrollo se refería esencialmente al crecimiento macroeconómico nacional. En un proceso evolutivo que comenzó aproximadamente con la Conferencia de Estocolmo de Naciones Unidas de 1972 sobre Medio Ambiente Humano, el desarrollo adquirió el concepto de búsqueda de crecimiento económico combinado con la protección ecológica. Este fue el núcleo que penetró en la fraseología del «desarrollo sostenible». «The United Nations, Human Rights, and Development», *Human Rights Quarterly*. Volume 19. Number 2. May 1997, p. 334.

en los principales documentos sobre derechos humanos, y su expresión en las propias constituciones nacionales y en el ordenamiento jurídico de los más distintos países.

Como hitos más representativos se pueden considerar la creación en 1928 en Bruselas de la Oficina Internacional para la Defensa de la Naturaleza; la celebración en 1946 de la Conferencia sobre la Protección Internacional de la Naturaleza, y promovido en 1948 por la Unesco la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza y los Recursos (UICN). Es de notar que en la Declaración Universal de Derechos Humanos de 10 de diciembre de 1948, no se incluye de modo expreso un derecho al medio ambiente, aunque exista alguna manifestación próxima al mismo que pudiera ser considerada como su proyección. A este respecto hay quien cita³⁵ el artículo 25 que indica «Toda persona tiene derecho a un nivel de vida que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar...»; y el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales de 16 de diciembre de 1966, en cuyo artículo 12 se dice «1. Los Estados Partes en el presente Pacto reconocen el derecho de toda persona al disfrute del más alto nivel posible de salud física y mental. 2. Entre las medidas que deberán adoptar los Estados Partes en el Pacto a fin de asegurar la plena efectividad de este derecho, figurarán las necesarias para: (...) b) El mejoramiento en todos sus aspectos de la higiene del trabajo y del medio ambiente...».

Es en la Conferencia de Naciones Unidas sobre el medio ambiente humano, celebrada del 5 al 16 de junio de 1972 en Estocolmo, donde se va a proclamar en la Declaración³⁶, el derecho al medio ambiente, y de donde surgirá la creación del Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), con sede en Nairobi (Kenia).

Efectivamente, en dicha Declaración -«verdadera Carta Magna del ecologismo internacional»³⁷ como es cali-

ficada por Mariño Menéndez- se genera toda una filosofía plasmada en un conjunto de ideas y de principios, que por su especial interés en cuanto al tema que nos ocupa merecen ser algunos de ellos -al menos- recordados.

Así en la exposición con la que comienza, nos parece oportuno destacar entre otras las siguientes ideas:

A) Interdependencia del hombre y el medio ambiente, el hombre como creador del medio ambiente y como ser necesitado del mismo, el hombre como parte integrante del medio ambiente y como artífice de él, y del medio ambiente en cuanto le sirve de soporte físico y le facilita su desarrollo integral: «el hombre es tanto un ser que forma parte del medio ambiente como un moldeador del mismo, el cual le da sustento físico y le permite la oportunidad del desarrollo intelectual, moral, social y espiritual. -Y se añade- En la larga y tortuosa evolución del género humano en este planeta una etapa se alcanza cuando, a través de los avances de la ciencia y de la tecnología, el hombre adquiere el poder de transformar su medio ambiente, de incontables maneras y en una escala sin precedentes. -Matizando seguidamente- Ambos aspectos del medio ambiente del hombre, el natural y el hecho por él, son esenciales para su bienestar y para el disfrute de los derechos humanos fundamentales-incluido el derecho a la vida en sí misma» (I,1).

B) Necesidad de tutelar y mejorar el medio ambiente. Concretamente se manifiesta que «La protección y mejora del medio ambiente humano es un tema muy importante que afecta al bienestar de las personas y al desarrollo económico en todo el mundo» (I,2)³⁸.

C) Primacía de la persona. De modo claro, proclama que «De todas las cosas del mundo, las personas son lo más valioso. -Y agrega- Son las per-

sonas quienes impulsan el progreso social, crean la riqueza social, desarrollan la ciencia y la tecnología, y a través de su esfuerzo, continuamente transforman el medio ambiente humano». (1,5) Pensamiento que por cierto nos hace recordar el famoso canto de la tragedia *Antígona*³⁹ de Sófocles: «Portentos, muchos hay; pero nada hay más portentoso que el hombre».

- D) Defensa de la humanidad, como razón última o *vis directiva* justificativa de la protección y progreso del entorno ambiental: «el defender y mejorar el medio ambiente humano para las generaciones presentes y futuras ha llegado a ser un objetivo fundamental para la humanidad» (1,6).

Todo este conjunto de ideas bien trabado, se ve iluminado por el propio documento a través del haz de principios que le sirven de fundamento. Entre los principios que proclama, son de destacar:

El primero o de la exigencia del hombre para realizarse de contar con un ambiente de calidad: «El hombre tiene el derecho fundamental a la libertad, a la igualdad y a unas condiciones adecuadas de vida, en un ambiente de una calidad que le permita una vida de dignidad y bienestar, y cargue con la responsabilidad solemne de proteger y mejorar el medio ambiente para las generaciones presentes y futuras».

El segundo, que alude a la necesidad de protección de los recursos naturales, con vista a las generaciones presentes y futuras: «Los recursos naturales de la tierra, incluyendo el aire, el agua, el suelo, la flora y la fauna y especialmente las muestras representativas de los ecosistemas naturales, deben ser protegidos en beneficio de las generaciones presentes y futuras a través de una planificación o dirección cuidadosa, según corresponda».

El decimonoveno, indicador de la importante función de la educación e

información en dicha materia: «La educación en cuestiones medio ambientales, para la generación de jóvenes tanto como para la de adultos, prestando la debida consideración a los desfavorecidos, es esencial en orden a ampliar las bases para una opinión inteligente y una conducta responsable de los individuos, empresas y comunidades en proteger y mejorar el medio ambiente en su dimensión más plena. Es también esencial que los medios de comunicación social eviten contribuir al deterioro del medio ambiente, y que por contra extiendan una información de naturaleza pedagógica en la necesidad de proteger y mejorar el medio ambiente en orden a permitir que el hombre lo desarrolle en todos los sentidos».

Y el vigésimo, donde sobresale el deber de promoción de la investigación y de su transferencia a fin de facilitar el desarrollo: «La investigación científica y el desarrollo en el contexto de los problemas medio ambientales tanto nacional e internacional, debe promoverse en todos los países, especialmente en los países en vías de desarrollo. En relación con esto, el libre flujo de la información científica actualizada y la transferencia de experiencia debe ser apoyada y asistida, para facilitar la solución de los problemas medio ambientales: las tecnologías medio ambientales deberían ser asequibles a los países en vías de desarrollo con vista a que se pudieran difundir sin que ello constituya una carga económica en los países en vías de desarrollo».

Es de resaltar también 1977 en cuanto tiene lugar la Conferencia Intergubernamental sobre Educación Medio Ambiental organizada por la Unesco en cooperación con UNEP (Programa Medio Ambiental de Naciones Unidas) celebrada en Tbilisi (URSS) 14-26 octubre 1977⁴⁰.

En la Declaración⁴¹ de dicha Conferencia se llama la atención sobre cómo en las últimas décadas el poder del hombre de transformar la naturaleza ha acelerado los cambios en el equilibrio de la

³⁹ *Antígona. Edipo Rey. Electra*, Traducción e introducciones de Luis Gil. Ediciones Guadarrama, S.A. Madrid. 1974, p. 35.

⁴⁰ *Intergovernmental Conference on Environmental Education*, organized by Unesco in co-operation with UNEP, Tbilisi (USSR) 14-26 October 1977. Final Report. Unesco.

⁴¹ *Declaration of the Tbilisi Intergovernmental Conference on Environmental Education*.

⁴² Vid. Ob. cit. (1988) Título original *Our Common Future*, Oxford University Press, Ed. cast. Alianza Editorial, S.A. Madrid, 1992, p. 16.

⁴³ Vid. Ob. cit., p. 29.

⁴⁴ Ibidem.

⁴⁵ A/CONF.151/26/Rev.1 (Vol.II).

misma. De ahí que considere que la solidaridad y la equidad entre las naciones deberían constituir el fundamento de un nuevo orden internacional con vista a que pudieran ponerse en común tan pronto como sea posible, todos los recursos disponibles.

Dentro de esta filosofía, realiza la citada Declaración la función que ha de cumplir la educación en este campo. Concretamente, hace referencia a como la educación utilizando los resultados de la ciencia y de la tecnología debería jugar un papel esencial en crear una mayor conciencia y entendimiento de los problemas medio ambientales. Que para ello la educación medio ambiental debería llevarse a cabo a todas las edades y todos los niveles, tanto en educación formal como no formal. De ahí, atribuya a los medios de comunicación social una gran responsabilidad para hacer sus recursos inmensos asequibles en su misión educativa. Y consecuentemente considere que la educación medio ambiental correctamente entendida, debería constituir una educación a lo largo de toda la vida, sensible a los cambios de un mundo que muta rápidamente. Asimismo subraya como el medio ambiente natural y el medio ambiente obra del hombre son profundamente interdependientes.

Un paso más adelante representó la creación por la Organización de Naciones Unidas (ONU) en 1983 de la Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo -presidida por Gro Harlem Brundtland- que se ocuparía de estudiar los problemas graves medio ambientales y del desarrollo. Fruto de dicha Comisión fue el documento *Nuestro Futuro Común*⁴², conocido popularmente como Informe Brundtland. En el prefacio de dicha obra Brundtland ya advierte de la importancia de la tarea a acometer, dado que «el «medio ambiente» es donde vivimos todos, y el «desarrollo» es lo que todos hacemos al tratar de mejorar nuestra suerte en el entorno en que vivimos» y «ambas cosas son inseparables», puntualiza. Es precisamente en dicho documento donde se iba a re-

coger una noción de desarrollo sostenible que enraizaría con fuerza, al entenderlo como aquel que «satisfaga las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer las propias»⁴³. Y poco después matiza «no es un estado de armonía fijo, sino un proceso de cambio por el que la explotación de los recursos, la dirección de las inversiones, la orientación de los progresos tecnológicos y la modificación de las instituciones concuerdan con las necesidades tanto presentes como futuras»⁴⁴.

Y así se llega a la célebre Conferencia de Río de Janeiro, que tuvo lugar del 3 al 14 de junio de 1992. En la Declaración de apertura de dicha Conferencia⁴⁵ el Secretario General de las Naciones Unidas Boutros-Ghali, la calificó de «histórica» por tres razones: Primera, por el «cambio radical de la manera en que el hombre se ve a sí mismo», de encontrarse rodeado de una naturaleza abundante, infinita, amenazadora a pasar a una naturaleza en manos del hombre, a un medio conquistado. Segunda, por mirar a nuestros descendientes y, más allá a las generaciones futuras. Tercera, por cuanto de demostración de universalismo, de enfrentamiento colectivo significa frente a los inmensos desafíos que se presentan. Y más adelante indicaba como el denominador común, el concepto central de dicha Conferencia era el del desarrollo, afirmando que «la Tierra está a la vez enferma de subdesarrollo y enferma de desarrollo excesivo». El enriquecimiento del término «desarrollo» había de venir a su juicio en dos direcciones: el «desarrollo sostenible» y el «desarrollo planetario», el primero ha de responder «a las necesidades del presente al ritmo de la renovación de los recursos, es decir, que no comprometa el de las generaciones futuras»; el segundo al «sentimiento de igualdad que anima a todos los pueblos del planeta». Y la suma de ambos es lo que entiende «constituye el «nuevo desarrollo»». Y puntualiza «ha de ser nuevo en la consideración que los seres humanos presten a las cosas, a las plantas, a los animales, desde el simple

vaso de agua que se tira tras beber distraídamente hasta los animales cuyo número de especies está disminuyendo rápidamente». Y finalizaba su declaración haciendo una llamada a la esperanza, al estar persuadido que el «espíritu de Río» «es decir, el espíritu del planeta Tierra- se difundirá por todo el mundo».

El éxito a nivel formal de la Conferencia fue importante, materializado en el Informe de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo⁴⁶, donde se recogen un conjunto de resoluciones de notable interés.

En primer lugar, la Declaración de Río sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, en el que descuellan a nuestro juicio entre otros el Principio 1, donde se afirma la primacía del ser humano, y el derecho a la vida saludable y productiva en armonía con la naturaleza: «Los seres humanos constituyen el centro de las preocupaciones relacionadas con el desarrollo sostenible. Tienen derecho a una vida saludable y productiva en armonía con la naturaleza»; El Principio 3, que proclama el derecho al desarrollo dentro del respeto a las generaciones presentes y futuras: «El derecho al desarrollo debe ejercerse en forma tal que responda equitativamente a las necesidades de desarrollo y ambientales de las generaciones presentes y futuras»; el Principio 7, que fija el deber de cooperación de los Estados y de asunción de sus propias responsabilidades en un clima de solidaridad: «Los Estados deberán cooperar con espíritu de solidaridad mundial para conservar, proteger y restablecer la salud y la integridad del ecosistema de la Tierra. En vista de que han contribuido en distinta medida a la degradación del medio ambiente mundial, los Estados tienen responsabilidades comunes pero diferenciadas. Los países desarrollados reconocen la responsabilidad que les cabe en la búsqueda internacional del desarrollo sostenible, en vista de las presiones que sus sociedades ejercen en el medio ambiente mundial y de las tecnologías y los recursos financieros de que disponen»; y el Principio 27, donde se manifiesta el

deber de cooperación y el espíritu de solidaridad tanto a nivel estatal como personal: «Los Estados y las personas deberán cooperar de buena fe y con espíritu de solidaridad en la aplicación de los principios consagrados en esta Declaración y en el ulterior desarrollo del derecho internacional en la esfera del desarrollo sostenible».

Segundo. El Programa 21, «aborda los problemas acuciantes de hoy y también trata de preparar al mundo para los desafíos del próximo siglo», y en su preámbulo se recoge la filosofía inspiradora del mismo. Así da comienzo reconociendo que «La humanidad se encuentra en un momento decisivo de la historia. Nos enfrentamos con la perpetuación de las disparidades entre las naciones y dentro de las naciones, con el agravamiento de la pobreza, el hambre, las enfermedades y el analfabetismo y con el continuo empeoramiento de los ecosistemas de los que depende nuestro bienestar. No obstante, -continúa- si se integran las preocupaciones relativas al medio ambiente y al desarrollo y si se les presta más atención, se podrán satisfacer las necesidades básicas, elevar el nivel de vida de todos, conseguir una mejor protección y gestión de los ecosistemas y lograr un futuro más seguro y más próspero. -Y finaliza haciendo una llamada a la solidaridad- Ninguna nación puede alcanzar estos objetivos por sí sola, pero todos juntos podemos hacerlo en una asociación mundial para un desarrollo sostenible».

En dicha línea en el Capítulo 2.1 se alude a «una nueva asociación mundial», en la que todos los Estados se comprometan a mantener un diálogo continuo y constructivo, reconociéndose para ello la importancia que encierra «superar los enfrentamientos y propiciar un clima de cooperación y solidaridad auténticas».

Tercero. La Declaración respecto de la ordenación, la conservación y el desarrollo sostenible de los bosques.

Al propio tiempo, se había llegado

⁴⁶ Vid. A/CONF.151/26/Rev. 1 (Vol.I). Naciones Unidas. Nueva York, 1993.

⁴⁷ En el Instrumento de ratificación de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, hecho en Nueva York el 9 de mayo de 1992, publicado en el Boletín Oficial del Estado el 1 de febrero de 1994, y donde se incluye dicha Convención, pueden encontrarse las siguientes definiciones entre otras, en su artículo 1. «1. Por «efectos adversos del cambio climático» se entiende los cambios en el medio ambiente físico o en la biota resultantes del cambio climático que tienen efectos nocivos significativos en la composición, la capacidad de recuperación o la productividad de los ecosistemas naturales o sujetos a ordenación, o en el funcionamiento de los sistemas socioeconómicos, o en la salud y el bienestar humanos. 2. Por «cambio climático» se entiende un cambio del clima atribuido directa o indirectamente a la actividad humana que altera la composición de la atmósfera mundial, y que se suma a la variabilidad natural del clima observada durante períodos de tiempo comparables». Especial interés por el número de documentos a que se hace referencia en el mismo, lo constituye el libro *Basic Documents on International Law and the Environment*. Patricia W. Birnie and Alan Boyle. Clarendon Press. Oxford, repr. 1996.

⁴⁸ En el Instrumento de ratificación del Convenio sobre la Diversidad Biológica, hecho en Río de Janeiro el 5 de junio de 1992, publicado en el Boletín Oficial del Estado del día 1 de febrero de 1994, donde se incluye el mencionado Convenio, pueden leerse entre otros particulares algunas de las nociones de interés, como es, por ejemplo, el concepto de diversidad biológica. «Por «diversidad biológica» se entiende la variabilidad de organismos vivos de cualquier fuente, incluidos, entre otras cosas, los ecosistemas terrestres y marinos y otros ecosistemas acuáticos y los complejos ecológicos de los que forman parte; comprende la diversidad dentro de cada especie entre las especies y de los ecosistemas». Especial interés, tuvo la Conferencia de las Partes del Convenio de Biodiversidad en 1995, en Yakarta

con anterioridad en Río de Janeiro a la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático⁴⁷ y al Convenio sobre la Diversidad Biológica⁴⁸. Se ha dicho que «la biodiversidad, el recurso más valioso del planeta, es un préstamo de nuestros hijos a nosotros»⁴⁹.

Otro hito importante, en la búsqueda de ir vinculando el derecho al desarrollo con la protección del medio ambiente, lo constituyó la Conferencia Mundial de Naciones Unidas sobre Derechos Humanos, que tuvo lugar en Viena del 14 al 25 de junio de 1993⁵⁰, y donde en el apartado 11 de la Declaración final de 25 de junio de 1993⁵¹, dejó buena constancia de dicho propósito:

«El derecho al desarrollo debería realizarse de modo que atienda equitativamente las necesidades medio ambientales y las de desarrollo. La Conferencia Mundial de Derechos Humanos reconoce que los vertidos ilícitos de sustancias y residuos tóxicos y peligrosos constituye potencialmente una grave amenaza a los derechos humanos de todos a la vida y a la salud.

Consecuentemente, la Conferencia Mundial de Derechos Humanos pide a todos los Estados adopten y apliquen con fuerza los convenios existentes relativos a los vertidos y residuos de productos tóxicos y peligrosos y cooperen a la prevención de vertidos ilícitos.

Todos tienen el derecho a disfrutar de los beneficios del progreso científico y sus aplicaciones. La Conferencia Mundial de Derechos Humanos observa que ciertos avances, especialmente en las ciencias de la vida y biomédicas así como en las tecnologías de la información pueden tener potenciales consecuencias adversas para la integridad, dignidad y derechos humanos de los individuos, y exige la cooperación internacional para garantizar que los derechos humanos y la dignidad sean respetados plenamente en esta asunto que preocupa a todos».

Por otro lado, la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Generaciones Futuras⁵², adoptada en la ciudad de La Laguna el día 26 de febrero de 1994, prestó una especial atención a las cuestiones relativas al derecho a un medio ambiente sano en relación con las generaciones futuras. Concretamente Karel Vasak⁵³, en el comentario que lleva a cabo de la citada Declaración, califica el artículo 1 en el apartado de los que el denomina «derechos en cierta forma nuevos», y cuando se refiere al artículo 9 considera que aunque «ya reconocido como un derecho humano sobre todo por los derechos nacionales, (...) es de una importancia vital para las generaciones futuras».

«Artículo 1. Derecho a una Tierra preservada.

Las personas pertenecientes a las generaciones futuras tienen derecho a una Tierra indemne y no contaminada, comprendido el derecho a un cielo puro; tienen derecho a disfrutar de esta Tierra que es el soporte de la historia de la Humanidad, de la cultura y de los lazos sociales, lo que asegura a cada generación y a cada individuo su pertenencia a la gran familia humana».

«Artículo 9. Derecho a un Medio Ambiente ecológicamente equilibrado.

Las personas pertenecientes a las generaciones futuras tienen derecho a un Medio Ambiente sano y ecológicamente equilibrado, propicio para su desarrollo económico, social y cultural. Por consiguiente, los Estados, los individuos y todas las entidades públicas y privadas tienen el deber de no aportar modificaciones desfavorables a las condiciones climáticas y a la biodiversidad, y, de modo general, de vigilar constantemente y en todos los dominios, el progreso científico y técnico, para que sus consecuencias no perjudiquen a la vida sobre la tierra, a los equilibrios naturales y al bienestar de las generaciones futuras. Además,

los Estados tienen la obligación de vigilar la calidad y diversidad del Medio Ambiente y de determinar en particular las consecuencias de los grandes proyectos sobre las generaciones futuras».

5.2.2. A nivel regional

5.2.2.1. Europeo

Pudiera sorprender a quien leyera el Convenio Europeo para la Protección de los Derechos Humanos de 1950, la falta de mención al derecho al medio ambiente⁵⁴, máxime cuando otros instrumentos regionales como por ejemplo el interamericano y el africano lo incluyen en su articulado, como veremos más adelante.

No obstante la preocupación medioambiental en el viejo continente pronto quedó reflejada en distintos documentos, sobresaliendo últimamente el Tratado de la Unión Europea.

Efectivamente en dicho Tratado (firmado en Maastricht el 7 de febrero de 1992), en el Título I, referente a las disposiciones comunes, ya en su Artículo B se establece entre los objetivos de la Unión «promover un progreso económico y social equilibrado y sostenible»; y ya en el Título II referente a las «Disposiciones por las que se modifica el Tratado constitutivo de la Comunidad Económica Europea con el fin de constituir la Comunidad Europea», en su artículo G, B se dice que el artículo 2 se sustituirá por el siguiente «La Comunidad tendrá por misión promover (...) un desarrollo armonioso y equilibrado de las actividades económicas en el conjunto de la Comunidad, un crecimiento sostenible y no inflacionista que respete el medio ambiente...». Y en el artículo 3 se indica que «Para alcanzar los fines enunciados en el artículo 2, la acción de la Comunidad implicará (...) k) una política en el ámbito del medio ambiente». Y más adelante dedica el Título XVI al Medio Ambiente en el que en su artículo 130 R se hace constar «1.

La política de la Comunidad en el ámbito del medio ambiente contribuirá a alcanzar los siguientes objetivos:

- la conservación, la protección y la mejora de la calidad del medio ambiente;
- la protección de la salud de las personas;
- la utilización prudente y racional de los recursos naturales;
- el fomento de medidas a escala internacional destinadas a hacer frente a los problemas regionales o mundiales del medio ambiente.

2. La política de la Comunidad en el ámbito del medio ambiente (...) se basará en los principios de cautela y de acción preventiva, en el principio de corrección de los atentados al medio ambiente, preferentemente en la fuente misma, y en el principio de quien contamina paga».

Debe también señalarse como «la Comunidad cuenta con una política de medio ambiente» desde 1972. A lo largo de estos años se han adoptado cinco Programas comunitarios en dicha materia, el último es el llamado V Programa⁵⁵ titulado «Hacia un desarrollo sostenible», en él se reconoce que «el desarrollo sólo puede llamarse así si sirve para aumentar la calidad de vida», y señala que «un desarrollo sostenible tiene las siguientes características principales:

- Mantiene la calidad de vida general.
- Permite un acceso continuo a los recursos naturales.
- Impide que perduren los daños al medio ambiente.

De una forma didáctica -agrega- se podría definir con la frase «No te comas las semillas con las que has de sembrar la cosecha de mañana», dicho con el cual se imprime gran dosis de realismo al debate sobre el desarrollo sostenible». Y es que como se reconoce «Hoy es patente el sentimiento que reina en la Comunidad y en otras partes del mundo de que muchos de los combates más

(Indonesia), en relación con la elaboración de un Protocolo de Bioseguridad. Tras una serie de reuniones, en febrero de 1999 en Cartagena (Colombia), en septiembre del mismo año en Viena (Austria) y ciertos incidentes, finalmente dicho instrumento, denominado «Protocolo de Cartagena sobre Seguridad de la Biotecnología del Convenio sobre Diversidad Biológica», quedó abierto a la firma de los Estados y de las Organizaciones regionales en la Oficina de las Naciones Unidas en Nairobi del 15 al 26 de mayo de 2000 y en la Sede de las Naciones Unidas en Nueva York del 5 de junio de 2000 al 4 de junio de 2001, según se hace constar en el artículo 36 del mismo. Vid. www.biodiv.org/biosafe/BIOSAFE6.HTML.

Por otro lado, la importancia de la biodiversidad viene siendo destacada en estos últimos años. Así según Paul R. Ehrlich y Anne H. Ehrlich, la biodiversidad es «la variedad de poblaciones y especies diferenciadas genéticamente con las cuales el Homo sapiens comparte la Tierra, y la variedad de ecosistemas de los que son partes en funcionamiento. -Y más adelante afirman- la biodiversidad tiene valor para la humanidad (...) puede ser importante porque nos proporciona alimentos (pesca y caza), placer directo (valores estéticos, observación de aves) o servicios al ecosistema (reciclado de nutrientes). Todos son valores útiles». «Biodiversidad: La gran extinción», *Gaia*, núm. 1, junio 1993, p. 28.

⁴⁹ *Biodiversity II. Understanding and Protecting Our Biological Resources*. Marjorie L. Reaka-Kudla, Don E. Wilson, and Edward O. Wilson, editors. Joseph Henry Press. Washington, D.C. 1997, p. 6.

⁵⁰ United Nations World Conference on Human Rights, Vienna, 14-25 June 1993. Vienna Declaration and Programme of Action of 25 June 1993. *Human Rights Law Journal*, 30 November 1993, Vol. 14, No. 9-10, pp.352-363.

⁵¹ Vienna Declaration and Programme of Action of 25 June 1993. *Human Rights Law Journal*, 30 November 1993, Vol. 14, No. 9-10.

⁵³ «La Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Generaciones Futuras», en *Revista de Derecho y Genoma Humano*, 1/1994, pp. 221-231.

⁵⁴ «Pese a la ausencia de reconocimiento explícito del derecho al disfrute de un medio ambiente sano en CEDH (...), según escriben Luis Jimena Quesada y Beatriz S. Tomás Mallén- éste ofrece a las personas que se hallen bajo la jurisdicción de las Partes Contratantes (...) un amplio abanico de vías aptas a tal fin». «El derecho al medio ambiente en el marco del Convenio Europeo de Derechos Humanos», cit., p. 2165.

⁵⁵ Programa comunitario de política y actuación en materia de medio ambiente y desarrollo sostenible. *Diario Oficial de las Comunidades Europeas*. N° C 138, 17 de mayo de 1993. Edición en lengua española.

⁵⁶ Vid. en Documentos básicos en materia de derechos humanos en el sistema interamericano. Corte Interamericana de Derechos Humanos, 1ª. reimp. San José, C.R.: Corte Interamericana de Derechos Humanos, 1997.

⁵⁷ African Charter on Human and Peoples' Rights. *Human Rights Law Journal*, vol. 7 (1986) parts 2-4, pp. 403-410.

⁵⁸ The African Charter on Human and Peoples' Rights. «Introduction and Selected Bibliography». *Human Rights Law Journal*, vol. 7 (1986), no. 2-4, p. 399.

⁵⁹ Los textos que se citan correspondientes a Alemania, Finlandia, Grecia, Países Bajos, Portugal y Suecia, han sido tomados del libro *Constituciones de los Estados de la Unión Europea*. Edición a cargo de: Francisco Rubio Llorente y Mariano Daranás Peláez. Editorial Ariel, S.A. Barcelona. 1997.

importantes en relación con el medio ambiente van a ganarse o a perderse en esta década y que en el próximo siglo quizás sea ya demasiado tarde. -Y finaliza, con todo un aldabonazo a nuestras conciencias- *No podemos esperar... y no podemos equivocarnos*. Doble advertencia que nos impele a obrar con la sabiduría que la situación demanda.

5.2.2.2. Interamericano

A nivel regional interamericano, debemos mencionar el Protocolo adicional a la Convención Americana sobre Derechos Humanos en materia de derechos económicos, sociales y culturales, «Protocolo de San Salvador», suscrito en dicha ciudad el 17 de noviembre de 1988⁵⁶, y en donde se reconoce, de un lado el derecho que toda persona tiene a vivir en un medio ambiente sano y de otro la deber que los Estados tienen en relación con el mismo. Textualmente dice:

«Artículo 11. Derecho a un Medio Ambiente Sano

1. Toda persona tiene derecho a vivir en un medio ambiente sano y a contar con los servicios públicos básicos.

2. Los Estados Partes promoverán la protección, preservación y mejoramiento del medio ambiente».

Precepto que encuentra su más honda explicación desde el reconocimiento «que los derechos esenciales del hombre (...) tienen como fundamento los atributos de la persona humana» y a la consideración de que «las diferentes categorías de derechos constituyen un todo indisoluble que encuentra su base en el reconocimiento de la dignidad de la persona humana», tal como consta en el propio Preámbulo del mencionado Protocolo.

5.2.2.3. Africano

Asimismo a nivel regional africano, es obligado citar a este respecto, la Carta Africana sobre Derechos Humanos y de los Pueblos⁵⁷, de junio de 1981, que

entró en vigor el 21 de octubre de 1986. En la introducción que precede al texto de la citada Carta, publicada en *Human Rights Law Journal*, Manfred Novak⁵⁸ escribe entre otros particulares que la misma «contiene algunas importantes innovaciones conceptuales en el ámbito del derecho internacional de los derechos humanos, por la incorporación de un número de derechos colectivos de los pueblos que marca un paso adelante en el desarrollo de una tercera generación de derechos humanos, por primera vez un tratado internacional asume garantizar a los pueblos (...) los derechos a la existencia, igualdad, desarrollo, paz, seguridad y a un medio ambiente satisfactorio general».

Concretamente la citada Carta Africana sobre Derechos Humanos y de los Pueblos, proclama el derecho de los pueblos al medio ambiente.

«artículo 24. Todos los pueblos tienen el derecho a un medio ambiente satisfactorio favorable para su desarrollo».

La importancia de dicho precepto, no radica sólo en su novedad, al incorporar en un texto internacional como derecho colectivo el derecho al medio ambiente, sino también al vincularlo de forma expresa al desarrollo de los pueblos.

5.2.3. A nivel estatal

5.2.3.1. Estados pertenecientes a la Unión Europea

Entre las Constituciones de los Estados de la Unión Europea⁵⁹, hoy día integrada por quince países, sólo seis de ellos (Alemania, Finlandia, Grecia, Países Bajos, Portugal y Suecia), además de España, proclaman de una u otra forma el derecho al medio ambiente. El resto de los otros ocho países (Austria, Bélgica, Dinamarca, Francia, Gran Bretaña, Luxemburgo, Italia, e Irlanda), no aluden al mismo. Veamos a continuación como se expresan:

Alemania: Ley Fundamental para la República Federal de Alemania, de 23 de mayo de 1949, conocida familiarmente como Ley Fundamental de Bonn, por haberse aprobado en dicha ciudad.

«Artículo 20a. El Estado protegerá también, asumiendo la responsabilidad ante las generaciones venideras, las condiciones naturales de vida en el marco del orden constitucional, mediante la actuación del Poder Legislativo y, dentro de la ley y del derecho, de los Poderes Ejecutivo y Judicial».

Finlandia: Instrumento del Gobierno de 17 de julio de 1919,

«Artículo 14 a. Todos serán responsables de cuidar la naturaleza y su diversidad, así como del medio ambiente y del patrimonio cultural. El Estado se esforzará en asegurar un medio ambiente saludable y para que cada uno tenga la posibilidad de participar en la adopción de las decisiones sobre el medio ambiente en que viva».

Grecia: Constitución de 9 de julio de 1975.

«Artículo 24.1 Constituye obligación del Estado la protección del ambiente natural y cultural. El Estado estará obligado a adoptar medidas especiales, preventivas o represivas, con vistas a la conservación de aquel».

Países Bajos: Ley Fundamental (*Grondwet*) del Reino de los Países Bajos. Texto revisado de 19 de enero de 1983.

«Artículo 21. Las autoridades velarán por preservar la habitabilidad del territorio y proteger y mejorar el medio ambiente».

Portugal: Constitución de la República Portuguesa de 2 de abril de 1976.

«Artículo 9 (*De las misiones funda-*

mentales del Estado). Son misiones fundamentales del Estado: (...) e) Proteger y valorizar el patrimonio cultural del pueblo portugués, defender la naturaleza y el medio ambiente, preservar los recursos naturales y asegurar una correcta ordenación del territorio».

«Artículo 66 (*Del medio ambiente y la calidad de vida*). 1. Todos tendrán derecho a un medio ambiente de vida humano, salubre y ecológicamente equilibrado y el deber de defenderlo. 2. Corresponde al Estado, mediante órganos propios y el recurso a iniciativas populares:

- a) Prevenir y controlar la contaminación y sus efectos y las formas perjudiciales de erosión.
- b) Ordenar y promover la ordenación del territorio, teniendo en consideración una correcta localización de las actividades, un desarrollo socioeconómico equilibrado y unos paisajes en equilibrio biológico.
- c) Crear y desarrollar reservas y parques nacionales y de recreo, así como planificar y proteger paisajes y lugares, de tal modo que se garantice la conservación de la naturaleza y la preservación de valores culturales de interés histórico o artístico.
- d) Promover el aprovechamiento racional de los recursos naturales, salvaguardando su capacidad de renovación y la estabilidad ecológica».

Suecia: Ley de 24 de Noviembre de 1994, por la que se reforma el Instrumento de Gobierno.

«Artículo 18.3. Todos tendrán acceso a la naturaleza conforme al derecho en materia de servidumbres independientemente de lo que se disponga sobre el particular»⁶⁰.

Del examen de dichos textos fundamentales, pueden deducirse algunas consideraciones de interés: la escasa atención que al medio ambiente se le presta en contraste con la importancia que tiene, excepción pudiera constituir la Portugal; la desigual plasmación en

⁶⁰ «El acceso al campo será abierto a todos según el derecho de acceso público, salvo las anteriores disposiciones», de este modo se expresa dicho párrafo, en la obra de Álvarez Vélaz, M^a Isabel y Aleón Yustas, M^a Fuencisla: *Las Constituciones de los quince Estados de la Unión Europea (Textos y Comentarios)*, Editorial Dykinson, S.L. Madrid. 1996, p. 618.

⁶¹ Parejo Alfonso, Luciano, *Manual de Derecho Administrativo*. Parte Especial. Luciano Parejo, Alfonso (Coordinador). 4ª edición corregida, aumentada y puesta al día. Ediciones Ariel, S.A. Barcelona. 1996, pp. 173-176.

⁶² Para Pérez Luño, el apremio actual de la temática del medio ambiente «ha surgido de la convicción de que grandes sectores de población viven en un medio ambiente degradado. Por ello, -prosigue- en la medida en que el ambiente deja de ser un objeto de reglamentación normativa para asumir el papel de un valor se hace necesario calificarlo de «sano», «equilibrado», o «adecuado para el desarrollo de la persona», como en el caso de la Constitución española». *Derechos Humanos, Estado de Derecho y Constitución*. Editorial Tecnos, S.A. 3ª edición. Madrid. 1990, p. 456.

⁶³ Muñoz Conde, Francisco, *Derecho Penal. Parte Especial*. Undécima edición, revisada y puesta al día conforme al Código Penal de 1995. Tirant lo blanch. Valencia. 1996, p. 501.

⁶⁴ Queralt Jiménez, Joan J. (1996). *Derecho Penal Español. Parte especial*. Ob. cit., p. 713.

⁶⁵ Prats Canut, José Miguel (1996), en *Comentarios al Nuevo Código Penal*. Gonzalo Quintero Olivares (Director) y José Manuel Valle Muñiz (Coordinador). Editorial Aranzadi, S.A., p. 1507.

unos y otros documentos; la limitación en la mayoría de ellos a las circunstancias físicas; y la incorporación reciente.

5.2.3.1.1. Especial referencia a España

A nivel estatal español, puede afirmarse, que la política medio ambiental ha ido desarrollándose paralelamente a la de los países de nuestro entorno cultural. De modo que los grandes hitos pudieran ser 1972, 1978 y 1985, pues como atinadamente escribe Parejo «el surgimiento de la preocupación por el medio ambiente tiene lugar en España a comienzos de la década de los años setenta (...) desde entonces la conciencia y los movimientos sociales en favor de la preservación de los equilibrios y valores medioambientales no han dejado de crecer y organizarse (...) -pudiendo distinguirse a su juicio- tres etapas: 1ª la inicial, cuyo comienzo es prácticamente coetáneo con la preparación y celebración, en junio de 1972 de la Conferencia de Estocolmo y abarca la década de los años setenta (...) 2ª La de consagración (...) con la proclamación por el artículo 45 de la Constitución de 1978 (...) del derecho al medio ambiente (...) 3ª, Finalmente, la que podría conceptuarse como de equiparación al estándar medioambiental comunitario-europeo, cuyo inicio se sitúa obviamente en la firma del Tratado de Adhesión a las Comunidades Europeas de 12 de junio de 1985 (...) -Y termina Parejo este apartado indicando como- esta evolución y el estudio de la situación actual del Derecho medioambiental en España deben, sin embargo, enmarcarse hoy en la más general experimentada por el Derecho medioambiental en la actual Unión Europea»⁶¹.

De este modo, la Constitución española, expresando con carácter programático los principios dentro de los cuales ha de moverse recoge el derecho a disfrutar de un medio ambiente adecuado⁶².

«Artº 45:

1. Todos tienen derecho a disfrutar de un medio ambiente adecuado para el desarrollo de la persona, así como

el deber de conservarlo.

2. Los poderes públicos velarán por la utilización racional de todos los recursos naturales, con el fin de proteger y mejorar la calidad de vida y defender y restaurar el medio ambiente, apoyándose en la indispensable solidaridad colectiva.

3. Para quienes violen lo dispuesto en el apartado anterior, en los términos que la ley fije se establecerán sanciones penales o, en su caso, administrativas, así como la obligación de reparar el daño causado».

Sin restar importancia a dicho precepto, se ha llamado la atención sobre el hecho de que «la declaración constitucional puede quedarse en una simple postura testimonial, si no se desarrollan los medios legales ordinarios para hacer cumplir el mandato del art. 45. El panorama actual no es muy alentador en este sentido. Falta todavía una Ley General del Medio Ambiente y las leyes sectoriales existentes en materia de atmósfera, aguas, residuos sólidos, energía nuclear, espacios naturales, etc., son insuficientes, cuando no han quedado obsoletas por el devenir de los años y el cambio de las circunstancias que las vieron nacer»⁶³.

Del mismo modo se ha advertido que «la legislación protectora y sancionadora, si bien es necesaria, no es suficiente: es imprescindible una cierta sensibilidad medioambiental para que el entorno físico y natural del hombre quede razonablemente garantizado»⁶⁴. Es más «la tutela del ambiente pasa ineludiblemente por una acción integrada desde diversos ámbitos, que ni tan siquiera son exclusivamente de cariz jurídico, si bien es cierto que la regulación legal del llamado Derecho ambiental constituye una pieza angular del sistema, y el Derecho penal debe de constituir el último eslabón de la pirámide en donde podrá desplegar sus efectos»⁶⁵.

Pese a todo ello, hay quien considera que si bien «el derecho al ambiente no ha obtenido rango de derecho fundamental en nuestra Carta Magna -ello- no sig-

nifica que no sea un derecho subjetivo reconocido constitucionalmente»⁶⁶.

Por otro lado, en nuestro ordenamiento punitivo español, el llamado delito ecológico quedó incriminado por la reforma de 1983. Hoy día el nuevo Código Penal de 23 de noviembre de 1995, que entró en vigor el 25 de mayo de 1996, en su Libro II, Título XVI, Capítulo III, amplía su atención, al dedicarle tres artículos a ello, si bien como podrá observarse solo se refiere al medio ambiente en relación con las circunstancias físicas.

Artº 325 «...el que contraviniendo las Leyes u otras disposiciones de carácter general protectoras del medio ambiente, provoque o realice directa o indirectamente emisiones, vertidos, radiaciones, extracciones o excavaciones, aterramientos, ruidos, vibraciones, inyecciones o depósitos, en la atmósfera, el suelo, el subsuelo, o las aguas terrestres, marítimas o subterráneas, con incidencia incluso, en los espacios transfronterizos, así como las captaciones de aguas que puedan perjudicar gravemente el equilibrio de los sistemas naturales. Si el riesgo de grave perjuicio fuese para la salud de las personas, la pena de prisión se impondrá en su mitad superior».

Artº 328 «...quienes establecieran depósitos o vertederos de desechos o residuos sólidos o líquidos que sean tóxicos o peligrosos y puedan perjudicar gravemente el equilibrio de los sistemas naturales o la salud de las personas».

Artº 330 «Quien en un espacio natural protegido dañare gravemente alguno de los elementos que hayan servido para calificarlo...».

5.2.3.2. Estados pertenecientes a los Países del Este

La preocupación medioambiental en los países del Este va tomando carta de naturaleza últimamente, como lo prue-

ba su incorporación a los textos constitucionales.

En la Constitución de la Federación Rusa, de 12 de diciembre de 1993⁶⁷, existen un conjunto de referencias al medio ambiente en su articulado que, por su novedad e interés, no nos resistimos a dejar de reproducir a continuación:

«Artículo 9, (1) La tierra y otros recursos naturales se utilizan y protegen en la Federación Rusa como las bases de la vida y actividad de las personas que habitan el correspondiente territorio.

(2) La tierra y otros recursos naturales pueden ser de propiedad privada, estatal, municipal o de otras formas de propiedad».

«Artículo 36, (1) Los ciudadanos y sus asociaciones tienen derecho a poseer la tierra en propiedad privada.

(2) Los propietarios son libres para poseer, utilizar y disponer de la tierra y demás recursos naturales siempre que no causen daño al medio ambiente y no violen los derechos e intereses legítimos de otros.

(3) Las condiciones y procedimientos para el uso de la tierra se definen conforme a la ley federal».

«Artículo 58, Toda persona está obligada a proteger la naturaleza y el medio ambiente y a mostrar preocupación por la riqueza natural».

Sin embargo, en la Convención de Derechos Humanos y Libertades Fundamentales, de la Comunidad de Estados Independientes, firmada en Minsk, el 26 de mayo de 1995⁶⁸, «por siete de los doce Estados miembros de dicha Comunidad»⁶⁹, en concreto las Repúblicas de Armenia, Bielorrusia, Georgia, Kirguistán, Moldavia, y las Federaciones de Rusia y Tadjikistán, no existe referencia de ningún tipo al derecho al medio ambiente, lo cual en cierto modo contrasta con la tendencia actual a su reconocimiento e inclusión en textos de esta naturaleza.

⁶⁶ Delgado Piqueras, en «Régimen jurídico del derecho constitucional al medio ambiente», *Revista de Estudios de Derecho Constitucional*, mayo-agosto 1993, p. 54.

⁶⁷ Constitution of the Russian Federation of 12 December 1993. *Human Rights Law Journal*, vol. 15, No. 7, 31 October 1994, pp. 296-300.

⁶⁸ Commonwealth of Independent States (CIS). Convention on Human Rights and Fundamental Freedoms, *Human Rights Law Journal*, 15 October 1996, Vol. 17 No. 3-6, pp. 159-162.

⁶⁹ Andrew Drzemczewski: «Introductory remarks», «CIS Convention on Human Rights, Minsk 1995. The legal implications for States ratifying both the ECHR and the Convention on Human Rights of the Commonwealth of Independent States (CIS)», *Human Rights Law Journal*, 15 October 1996, Vol. 17 No. 3-6, pp. 157-158.

⁷⁰ Entre la extensa bibliografía al respecto, señalamos a título puramente enunciativo, además de la ya expresamente citada en este trabajo, la siguiente: Ballesteros, Jesús.,

Ecologismo personalista. Editorial Tecnos, S.A. Madrid. 1995; Serrano Moreno, José Luis., *Ecología y Derecho*. Principios de Derecho Ambiental y Ecología Jurídica. Editorial Comares. Granada. 1992; Lopera Rota, Demetrio., *El derecho al medio ambiente adecuado*. Editorial Civitas, S.A. Madrid. 1996; Araujo, Joaquín., *XXI. Siglo de la Ecología*. Espasa-Calpe, S.A. Madrid. 1996; Ferry, Luc., *El nuevo orden ecológico. El árbol, el animal y el hombre*. Título original: *Le nouvel ordre écologique. L'arbre, l'animal et l'homme*. Traducción: Thomas Kauf. Tusquets Editores, S.A. Barcelona. 1994; López de la Vieja, M^a Teresa., *Principios morales y casos prácticos*. Editorial Tecnos, S.A. Madrid. 2000; Bellver Capella, Vicente., «La solidaridad ecológica como valor universal», en *Anuario de Filosofía del Derecho XI* (1994) pp. 159-173; Serrano, José Luis, Solana, José Luis y Peña, Antonio M., «Ecologismo personalista: ecos de premodernidad». *Anuario de Filosofía del Derecho XII* (1995) pp. 653-665; Ballesteros, Jesús, Bellver, Vicente, Fernández, Encarnación y Martínez-Pujalte, Antonio Luis., «Las razones del ecologismo personalista». *Anuario de Filosofía del Derecho XII* (1995) pp. 667-678; y Bellver Capella, Vicente., «Ecología, Políticas demográficas y Derechos Humanos». *Anuario de Filosofía del Derecho XII* (1995) pp. 65-82.

⁷¹ Sosa, Nicolás M., *Ética ecológica*. Libertarias/Prodhufo. Madrid. 1990, 2^a edición, noviembre 1994; Lacroix, Michel., *El humanicidio. Ensayo de una moral planetaria*. (Título del original francés: *L'Humanicide. Pour une morale planétaire*. Traducción: Enrique Hurtado). Editorial Sal Terrae, Maliaño (Cantabria). 1995; Boff, Leonardo., *Nueva Era: La civilización planetaria. Desafíos a la sociedad y al cristianismo*. Editorial Verbo Divino Estella (Navarra). 1995; Fernández Obradors, Víctor., *Comprender y amar la naturaleza*. San Pablo. Madrid. 1996; López Azpitarte., «Exigencias ecológicas y ética cristiana», *Proyección* 42 (1995) 273-286; Domingo, Agustín., *Ecología y solidaridad. De la ebriedad tecnológica a*

6. LAS DOCTRINAS ÉTICAS MEDIOAMBIENTALES Y SU INFLUENCIA EN EL DERECHO

La importancia que los problemas medioambientales vienen suscitando en nuestros días, han provocado un cúmulo de reacciones desde los más diversos campos del saber, la física, la química, la biología, la sociología, la economía, la demografía, la política, el derecho, la religión o la teología, por citar algunos de ellos. Por nuestra parte hemos procurado dejar constancia de cómo en el ámbito preferentemente del derecho al medio ambiente se ha intentado dar respuesta a los mismos. Pero algo insatisfechos nos sentiríamos si no aludiéramos, aunque fuera brevemente, a modo de flash, a algunas de las doctrinas éticas que nos invaden y que pretenden calar en nuestros comportamientos y actitudes, ¡y cómo no!, en el ámbito de lo jurídico⁷⁰. La abundancia de libros y artículos escritos sobre ética medioambiental⁷¹ es el mejor testimonio de ello.

Suelen mencionarse, preferentemente en el mundo anglosajón, como concepciones éticas que tratan de explicar la relación entre el hombre y su entorno vital, y así por ejemplo lo hace J. Baird Callicott, el antropocentrismo, el ecocentrismo y el biocentrismo, según centren su enfoque en el hombre, el ecosistema o la vida, sin olvidar a otras doctrinas que de un modo u otro se relacionan con aquellas, caso del ecofeminismo, la *deep ecology* o el plutianismo moral que opta por una u otra en función de las circunstancias⁷².

Por supuesto, que las tipologías son de lo más diverso en función de las premisas de las que se partan o de los fines que se persigan alcanzar.

Un testimonio iluminador pudiéramos encontrar en el discurso pronunciado por Juan Pablo II recientemente -el 24 de abril de 1997- «a los promotores y participantes en un Congreso interna-

cional sobre «Ambiente y Salud»⁷³, por cuanto en el aborda cuestiones nucleares y ofrece criterios axiales que pudieran ser tenidos en cuenta a la hora de una toma de postura frente a determinadas corrientes que hoy día proliferan y tratan de imponerse en el campo medioambiental.

Es significativa, la llamada de atención sobre el papel que al hombre asigna «como custodio responsable del ambiente en el que vive», el cual dice se le ofrece «como casa y como recurso», si bien advierte que «el ambiente como recurso» pone en peligro el ambiente como casa».

A título de ejemplo de la actitud que ha de observar el hombre con el medio ambiente, recuerda la *espiritualidad benedictina y la franciscana*, que a su juicio «han testimoniado esta especie de parentesco del hombre con el medio ambiente, alimentando en él una actitud de respeto a toda realidad del mundo que le rodea».

Un aldabonazo en la conciencia del hombre y al sentido de responsabilidad que debe presidir su relación con el medio ambiente, la ofrece cuando dice que «en nombre de una concepción inspirada en el ecocentrismo y el biocentrismo, se propone eliminar la diferencia ontológica y axiológica entre el hombre y los demás seres vivos considerando la biosfera como una unidad biótica de valor indiferenciado. -E inmediatamente llama la atención sobre el peligro en que se pudiera incurrir- Así, se elimina la responsabilidad superior del hombre en favor de una consideración igualitaria de la «dignidad» de todos los seres vivos».

Nada por tanto nos debe extrañar cuando a renglón seguido Juan Pablo II reclama la «responsabilidad del hombre abierta a las nuevas formas de solidaridad». Concretamente manifiesta «el equilibrio del ecosistema y la defensa de la salubridad del ambiente necesitan, precisamente, la responsabilidad del hombre, una responsabilidad que debe

estar abierta a las nuevas formas de solidaridad. Se necesita una solidaridad abierta y comprensiva con todos los hombres y todos los pueblos, una solidaridad fundada en el respeto a la vida y en la promoción de recursos suficientes para los más pobres y para las generaciones futuras. (...) Y más adelante afirma: La tecnología que contamina, también puede descontaminar; la producción que acumula, también puede distribuir equitativamente, a condición de que prevalezca la ética del respeto a la vida, a la dignidad del hombre y a los derechos de las generaciones humanas presentes y futuras».

A poco que nos detengamos a reflexionar sobre las claves contenidas en el citado discurso, podremos comprobar como una vez más el punto de partida, el *a priori*, desde el que a su juicio han de considerarse los derechos humanos es el de la dignidad humana, dignidad ontológica, perteneciente al ser humano constitutivamente, y que le exige un deber de respeto hacia todo ser vivo humano o no humano, animal o vegetal, y a toda realidad del mundo que le rodea; una libertad responsable fruto de su racionalidad, abierta a los demás a través de la solidaridad, de ponerse en el lugar de los otros, en salir de su propio yo, de contemplar los problemas medioambientales, desde una concepción antropológica y axiológica, que se traduce en una ética, en una conducta que ha de estar presidida fundamentalmente por el respeto a la vida, a la dignidad del hombre y a los derechos de las generaciones presentes y futuras.

7. EL VALOR FUERZA DE LA SOLIDARIDAD Y SU PROYECCIÓN EN EL MEDIO AMBIENTE.

A lo largo de nuestra exposición hemos ido efectuando continuas referencias al valor de la solidaridad⁷⁴ en cuanto humus o nutriente de las relaciones del hombre; para con otros hombres, para con otros seres vivos, animales y vegetales, y para con el entorno vital;

en una línea de continuidad histórica que ahonda sus raíces en el pasado, se concreta en el presente y se proyecta en el futuro, con vistas a preservar la vida.

En resumen, el derecho al medio ambiente es un derecho humano especialmente vinculado al valor solidaridad para su realización, que presupone partir de unos presupuestos metafísicos, antropológicos y éticos, que faciliten la inteleción del papel que el hombre ha de jugar en su propio desarrollo personal, en el de los demás hombres - de las generaciones presentes y de las futuras - y de cuantos otros seres vivos animales o vegetales, conforman el entorno o hábitat vivo.

Ello implica, reconocer la dignidad de todo hombre, y por tanto la igualdad que ha de presidir sus relaciones, con especial incidencia en el derecho a la vida, a la calidad de vida y al desarrollo humano; el respeto a todos los seres vivos humanos y no humanos, animales y vegetales; y finalmente, asumir la responsabilidad que tiene contraída, en virtud de su racionalidad y libertad, para con las generaciones presentes y futuras.

Tarea no siempre fácil de cumplir, pues exige un esfuerzo de comprensión, un cambio de actitud y de mentalidad, que rompa con algunos de los paradigmas que secularmente han presidido las relaciones del hombre con sus semejantes y con otros seres no humanos vivos, y haga posible una toma de conciencia del momento actual con vistas a salvaguardar la vida, desde la función de guardián de la naturaleza que al hombre ha de asignarsele.

A tal fin, la solidaridad habrá de constituirse en el campo medioambiental en: valor axial que presida la ética; objetivo orientador de la política; elemento dinamizador del desarrollo; fundamento obligado del ordenamiento jurídico a todos los niveles internacional, regional o nacional; reto para la educación integral y armónica del hombre; y criterio legitimador del derecho humano al medio ambiente.

la sobriedad ecológica. Cuadernos FyS. 1991; Núñez de Castro, Ignacio., «Ecosolidaridad. Ideal de comunión hombre-naturaleza» en *Federico Mayor Amicorum Liber*. Émile Bruylant, Bruxelles 1995; Núñez de Castro, Ignacio., *El rostro de Dios en la era de la biología*. Fe y Secularidad/Sal Terrae. Madrid/Mañá (Cantabria), 1996; Boff, Leonardo y Elizondo, Virgilio., «Editorial», *Concilium* 261, octubre 1995, pp. 7-10; Boff, Leonardo., «Teología de la liberación y Ecología: ¿Alternativa, confrontación o complementariedad?», *Concilium*, núm. 261. Octubre 1995, pp. 93-106; González-Carvajal Santabábara, Luis., «La solidaridad, valor humano y cristiano». *Razón y Fe*. Tomo 234 (1996) pp. 287-297; Martín, Santiago., «Ecología algo más que una ciencia». *Razón y Fe*. Febrero 1989, pp. 184-191.

⁷² «Environmental Ethics», en *Encyclopedia of Bioethics*. Revised Edition. Warren Thomas Reich, Editor in Chief. Georgetown University. Volume 2. Simon & Shuster Macmillan. New York, 1995, p. 676.

⁷³ *L'Osservatore Romano* (edición semanal en lengua española), n.15, 11 de abril de 1997, p. 7.

⁷⁴ Entre otros trabajos que pueden consultarse al respecto: De Lucas, Javier, «El principio de solidaridad como fundamento del derecho al medio ambiente», en *Revista de Derecho Ambiental* N° 12. 1994, pp. 51-70; Vidal Gil, Ernesto J., «Sobre los derechos de solidaridad. Del Estado liberal al social y democrático de Derecho», en *Anuario de Filosofía del Derecho* X (1993), pp. 899-110; Cortina Orts, Adela, «Más allá del colectivismo y el individualismo: autonomía y solidaridad», en *Sistema*, 96, mayo de 1990, pp. 3-17; González Amuchastegui, Jesús, «Notas para la elaboración de un concepto de solidaridad como principio político», *Sistema* 101, marzo 1991, pp. 123-135; González-Carvajal, Luis, «La solidaridad, valor humano y cristiano». *Razón y Fe*. Tomo 234 (1996) pp. 287-297.